

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

Valores y giros a A. Barrera

Redacción y Administ.: PERU 1537

U. Telefónica: 478 - B. Orden

1871 - LA COMUNA - 1922

En la historia de las luchas populares, hay episodios que se significan por su excepcional importancia, porque marcan derroteros a la humanidad o sirven para reflejar el valor de los hombres y de las ideas que en ellos intervinieron. Y en ese caso está la Comuna de París, hecho ligado a la gran Revolución, pero que aparece en la historia con caracteres propios, como un inconfundible acontecimiento de reacción contra las fuerzas conservadoras que entraron en juego para desviar los esfuerzos populares y edificar sobre los escombros del feudalismo el Estado burgués.

La semana de terror que siguió a la proclamación de la Comuna en París, el fusilamiento en masa de los comunales en el día trágico del 18 de marzo de 1871, constituyen un episodio a parte de la Gran Revolución, aunque ligado a los acontecimientos que se desarrollaron en esa lucha del pueblo — en sus diferentes fases — contra el gobierno de la nobleza y del feudalismo. Y es ese hecho el único que puede servir de ejemplo a la humanidad de hoy y que merece ser reivindicado por nosotros, continuadores de la obra de aquellos revolucionarios. La burguesía democrática, que vive al amparo de la ley y tiene legalizada su situación de privilegio, puede reivindicar para sí la revolución francesa, considerada como un acontecimiento limitado al nacimiento de la Democracia. Pero la Comuna pertenece al futuro, porque fué un grito de libertad ahogado por la tiranía, el primer paso hacia la destrucción del poder, nacido al amparo de la revolución y definido por los mismos que habían incitado al pueblo a la lucha contra el feudalismo y la nobleza.

Nosotros, los anarquistas, no consagramos el triunfo de una casta vencedora sobre otra vencida, los privilegios de una clase social que logra desalojar a otra clase del poder para perpetuar el mismo sistema de explotación. Por eso, al hablar de la Revolución Francesa, no la glorificamos — como lo hacen los reformistas — por lo que realizó prácticamente, por las consecuencias posteriores de ese hecho histórico y por las realidades que sirvieron de base al Estado burgués. No negamos su valor, ni los beneficios que aportó a la humanidad, ni las enseñanzas derivadas de aquella conmoción popular que logró estremecer al secular régimen del absolutismo bárbaro, para dar paso a las nuevas ideas y consolidar los derechos políticos del hombre. Pero, a través del tiempo, fortalecido el nuevo despotismo al amparo de la ley, transformada la Democracia en

una irrisoria pantalla que sirve únicamente para ocultar los crímenes de la burguesía dominante, vuelto el pueblo a su antigua condición de sometido, la Comuna es un hecho perdurable, una enseñanza que nos queda, la indiscutible realidad del malogrado esfuerzo de los revolucionarios que alzaron su voz de protesta contra los nuevos amos y tomaron las armas para combatir la naciente tiranía de los versalleses.

algo informe y contradictorio — representando la sucesiva acción y reacción de dos fuerzas que carecen de perfiles propios, consolidando y destruyendo sucesivamente la república y el imperio — la Comuna es algo definido y en oposición a esos dos elementos de resistencia que usaban de las fuerzas populares para sus fines particulares: los republicanos y los monárquicos.

En la revolución de este siglo — la rusa — hay un hecho comparable con la Comuna, aunque, si se quiere, más neta y claramente defini-

neraciones. ¿Qué quedará, en cambio, del bolcheviquismo? Su Estado y la nueva casta surgida de esa tentativa libertaria y emancipadora del proletariado, ahogada en sangre por los nuevos gobernantes de Rusia.

LUISA MICHEL EN NUEVA CALEDONIA

Una señora francesa de la aristocracia, Mme. Simón, encontró a Luisa Michel en el momento en que la revolucionaria era llevada a Nueva Caledonia. Mme. Simón quiso interceder por su libertad; Luisa Michel, dijo:

—No os preocupéis de mí; reservad vuestros favores para tantas madres de familia, arrancadas a sus hijos; yo, yo soy un enemigo y mi vida no es buena para nada; que se me lleve a Nueva Caledonia; encontraré, tanto como aquí, ocasión de hacer el bien.

En el destierro, toda su preocupación fué hacer el bien, atender los enfermos, educar e instruir a los nativos.

Después de algún tiempo, se intentó gestionar la repatriación de Michel. Esto la indignó y escribió al presidente de la república que considerarse nulas esas gestiones, pues ella no consentiría en ser libertada si no lo eran también sus compañeros.

LAS MUJERES DE LA COMUNA

Entre las innumerables proclamas de las mujeres de la Comuna de París, entresacamos estos párrafos firmados por un grupo de ciudadanas y que revelan el espíritu que las animaba en la resistencia contra los bandidos de Versalles.

«París está bloqueado, París es bombardeado! ¡A las armas; la patria está en peligro...! Nuestros enemigos son los privilegiados del orden social, que engordaron a costa de nuestra miseria... Los gritos de horror y de indignación de toda Francia y del mundo acababan lo que hayamos intentado y si las armas y las bayonetas están ocupadas todas por nuestros hermanos, nos quedarán todavía las piedras del pavimento para aplastar a los traidores...»

Las Michel, las Rochebrune, las Leo, las Olga Dmitrieff, las Eugenia Richard, etc., etc., es decir, las mujeres de la Comuna de París, con la pluma y en las barricadas hicieron posibles los heroicos esfuerzos de los trabajadores parisienses contra los versalleses.

Compañeros, propagad

LA PROTESTA



A THIERS el asesino

¿No es un hecho indiscutible que la revolución comunal de París, ahogada en sangre por los pletorianos de Thiers, representa el episodio más importante de las luchas que siguieron a la Gran Revolución y su aplastamiento por las fuerzas conservadoras, monárquicas y republicanas?

Es indiscutible la importancia de la Comuna, por las enseñanzas que se derivaron de esa tentativa insurreccional no inspirada en la ideología burguesa y en el espíritu autoritario de los jacobinos. Porque mientras la revolución francesa, tomada en su conjunto, aparece como

do. La revuelta de Kronstadt es, para el poder bolchevique, lo que la Comuna de París representa para la burguesía. En un período de tiempo mucho más breve, antes de que el Estado se consolidara definitivamente y el bolcheviquismo asumiera funciones de soberanía universal, los anarquistas de Kronstadt, como los comuneros de París, se alzaron en armas contra el gobierno nacido de la revolución.

Como la Comuna, Kronstadt representará en la historia el episodio más típico de la revolución y su recuerdo vivirá perdurablemente en la memoria de las futuras ge-

Comentarios

LA LIQUIDACION

Se liquidó la Forá del XI. Es lo único bueno que hicieron los delegados reunidos en el congreso fusionista. La nueva entidad nace con las manos de la vieja camateona, está inflada por el espíritu ambiguo de los sindicalistas criollos, es una edición corregida y aumentada de la ex "corita", pero al menos se despoja de algo que no era suyo: el histórico nombre de la Federación Obrera Regional Argentina.

En esa liquidación de algo que nadie quería ni a mitad de precio, salimos ganando los anarquistas. El campo uruguayo queda despojado con esa alianza — o lo que sea — de los "apolíticos", "comunistas" y "sindicalistas". Frente al reformismo remozado, se levanta la única institución revolucionaria: la F. O. R. A. Y es inútil que los reuogados ensayen posturas revolucionarias, pretendiendo haber anulado la tendencia camateona, que sigue siendo la doctrina básica de esa nueva entidad — nueva en el nombre — creada con la colaboración de diversos elementos faltos de cohesión entre sí y sin un común espíritu de lucha para dar consistencia a su propianda y a su acción futura.

Las consecuencias de esa alianza impuesta por el mismo fracasado del congreso unitario, no tardará en sentir las consecuencias de ese pacto. No es posible mantener en pie ese botro sindical improvisado en cuatro sesiones, después de perder en algarabias y disputas casi una semana y agotarse la paciencia de quienes creían que habían ido allí a unificarse y no a discutir principios...

Falta también saber si los gremios autónomos aceptan las conclusiones del congreso unitario, si ellas conforman a sus puntos de vista. Y si lo acordado interpretó el pensamiento de esos 140 sindicatos reunidos para tratar algo que interesa a toda la clase trabajadora consistiente. ¿qué tendencia triunfó en el congreso fusionista? El "comunismo" fue derrotado. El "apoliticismo", en su definición revolucionaria: en su clasificación frente a las diversas tendencias filosóficas y políticas y en su concepción de la dictadura y el centralismo, sufrió también una completa derrota. La piedra angular de esas dos tendencias, bolcheviques: la adhesión a la Sindicalista, fue sacada de su base. Y, finalmente, la política del nuevo organismo debe girar en torno de la prescindencia internacional, que en resumen no es otra cosa que una mal disimulada simpatía con la tesis amsterdamiana.

Estamos satisfechos de los resultados del congreso unitario. Los sindicatos autonomistas y camateones se integran a la ex F. O. R. A. ¿qué importancia tiene el hecho de que se le haya puesto un nuevo nombre a la vieja camateona? El proletariado consciente — y más que todo los verdaderos revolucionarios — se duran pronto cuenta del escamoteo, ya que los nuevos personajes que entran en acción se identificaron a los viejos manijeadores conocidos con el nombre de "sindicalistas".

El camateonismo no ha muerto en el congreso unitario. Toma un nuevo color el conocido animal, sin que esto obste para que mañana sufra las influencias del ambiente y refleje la polirromita del arco iris: será rojo, amarillito, lila o verde, según los casos y las circunstancias.

Nos alegramos. La Forá del XI se liquidó en el congreso unitario. Se despojan los camateones de algo que no les quedaba bien, porque no les pertenecía, y que denigraban con sus actividades en ministerios y despachos policiales.

La F. O. R. A., creada por los anarquistas y defendida por los anarquistas, no la entorpecerán más los que explotaron su nombre. Y es la F. O. R. A., hoy como ayer, la que se salva de la liquidación del cambalache sindicalista.

EL PLESIOSAURO

No nos referimos a ese animal parido por el congreso de unificación... El plesiosauro de la unidad hace tiempo que lo descubrieron los sabios de Moscú y no se necesita poseer mucha cien-

cia infusa para clasificarlo como un animal antediluviano, monstruoso y pesado como un discurso de Lenin, un sermón de Itadek o una encíclica de Losovsky.

Del plesiosauro de que hablamos, es de ese animal fabuloso descubierto en la Patagonia. Contra la incredulidad de ciertos sabios de pacotilla, afirma su existencia un criollo viejo, "que lo vió con los ojos de su cara" y la reafirma el capitán de un buque yanqui, actualmente en Filadelfia. Cuando él vió al animal, allá por el año 1906, era una tarde serena y navegaba su buque a quinientas yardas de la costa del Estrecho de Magallanes. Diréis que por qué se calló hasta hoy "su descubrimiento", pero esas son supuestas que a nada conducen. El tal capitán, que en vez de cuentas probablemente hará cuentas, se llama Bevilacqua y relata su descubrimiento en la siguiente forma:

"La visibilidad era perfecta, y yo creo que pude equivocarme. Estaba observando la costa azul, cuando oí un fuerte chapateo, y llegué a ver un enorme témpano de hielo caer al mar desde la alta costa rocallosa. Un momento más tarde apareció un gran animal en el sitio donde había caído el hielo, que me ruba hacia mí. Tenía el pescuezo como el de un caballo, de unos treinta pies de largo, y no era una tortuga de mar, porque estos animales no tienen el pescuezo tan largo, ni tampoco se trataba de una serpiente de mar, porque estas no viven entre el hielo y la nieve".

Que el plesiosauro existe es casi indiscutible. Y sino existe, la cosa no tiene mayor importancia. Se trata de un animal fabuloso, y se dice que se están organizando expediciones para cazarlo y estudiarlo, pues semejante hallazgo tiene más importancia, para el mundo científico que el descubrimiento de la cuadratura del círculo.

Pero ahora se presenta una grave cuestión. Albarraçin, en nombre de la Sociedad Protectora de Animales, se opone a que se cace al plesiosauro. Ved lo que al respecto dice el ilustre amigo de los animales, grandes y pequeños:

"La proyectada expedición o excursión en busca del monstruo ha motivado que la Sociedad Protectora de Animales se haya presentado al Ministerio del Interior solicitando el amparo que la Ley 2786 le encarga a dicho animal, en el caso de existir en territorio argentino, y que el Ministerio se dirija al señor gobernador del Territorio del Chubut solicitándole informe sobre la verdad de la aparición de aquel, y en el caso de que fuese exacta, disponga lo necesario a fin de que en cumplimiento de la citada ley, haga impedir la caza o el apresamiento, en cualquier forma, del mismo, dejándose a guisa de ejemplo, que debe gozar de plena libertad, tratándose de procurar su reproducción".

Tiene razón Albarraçin: que se reproduzca el plesiosauro, así tendremos muchos plesiosauros. Pero lo malo es que se trata de un viejo diablo (dicen los sabios que tendrá por lo menos la friolera de 10.000 años), siendo difícil encontrar el elemento para esa reproducción.

Albarraçin, tratándose de animales, es un hombre humanitario. Y más que nada, es un "humanitarismo" el que lo hace erigirse en defensor del plesiosauro. En su alegato contra los presuntos cazadores del fabuloso animal, agrega lo siguiente:

"Invocándose la ciencia se sacrifican miles de animales pequeños, lo que, aunque con las más justas protestas, se lleva a cabo, por existir muchos ejemplares; pero es distinta cosa, tratándose de un monstruo antediluviano. Hay que conservar la vida, allí donde reside y rodearse de todas las comodidades; guardar severamente su morada para que nadie lo incomode; y si los sabios quieren estudiarlo, que se costeen allí, y estudien al animal en plena libertad".

Si se tratara de ese plesiosauro nacido en el congreso unificador... sería fácil darle caza y conservarlo en una jaula. Pero ese plesiosauro antediluviano será tan difícil identificarlo como difícil es analizar lo que contiene la molletera de un "comunista" o la calabaza de un "apolítico".

En los tiempos que corremos, ¿quién puede poner en duda que exista un plesiosauro? Hemos visto aparecer en escena tantos animales antediluvianos...

La columna de Vendome

Considerando que la columna imperial es un monumento de barbarie, un símbolo de fuerza bruta y de falsa gloria, una afirmación del militarismo, una negación del derecho internacional, un insulto permanente de los vencedores a los vencidos y un atentado continuo a la fraternidad, uno de los tres grandes principios de la Revolución francesa, la columna será derribada". (Decreto de la Commune)

Si la Commune de París no tuviese otros títulos a la justificación y glorificación de la historia, bastaría el decreto del derribo de la columna imperial para constituir una gloria del proletariado militante.

El decreto en que se dispone, es por sí solo un resumen de la historia, un símbolo del derecho y un acto de abnegación heroica.

He aquí la demostración: Un pueblo oprimido por cuantos vejámenes pudo acumular el privilegio en el curso de muchos siglos, se levanta justiciero y potente, derriba el trono y el altar y proclama los derechos del hombre y del ciudadano.

Una clase media egoísta desvía al pueblo de su objetivo, monopoliza para sí la Revolución y se esteriliza en luchas intestinas.

Un soldado audaz, que es respecto de los burgueses lo que el lobo respecto de los conejos de la fábula, se hace dueño del poder, enciende el fanatismo patriótico y emplea las armas que debieran haber servido para defender la libertad, en fanatizar a las naciones, poseído de la idea de fundar un imperio universal para satisfacer su ambición.

Mortandad, incendio, devastación manchan las naciones en la inmensa extensión de territorio desde Cádiz a Moscú, horrible tragedia desarrollada en mil cruentos cuadros desde Egipto a Waterloo, cuyo desenlace asaz raquítico se verifica en Santa Elena.

Pues este hecho nefando, cuya criminalidad no puede calificarse, porque es imposible hasta para la imaginación más poderosa condensar la cantidad de sangre, de sufrimiento y de lágrimas, que representa, se hallaba glorificado por la odiosa columna.

Por eso le apellidó la Commune monumento de barbarie, símbolo de fuerza bruta y afirmación del militarismo.

La tendencia del progreso a la perfección de los hombres y, por consecuencia, a la concordia primero y a la armonía después, se veía dificultada por aquel horrible altar de la patria, en que se hallaban escritos como en un padrón de ignominia los nombres de ominosas jornadas en que muchos miles de hombres, nacidos para el trabajo, para la paz y para la felicidad, se habían convertido en feroces salvajes, cuyo recuerdo se perpetuaba en mengua de los sacrificados y para exaltación de los verdugos.

Por eso dijo la Commune que aquel monumento era la negación del derecho internacional, un insulto permanente de los vencedores a los vencidos y un atentado continuo a la fraternidad de los pueblos.

La Commune no se limitó, pues,

a proclamar: la tierra al agricultor, el instrumento de producción al obrero, el trabajo para todos. Era necesario ofrecer al mundo el gaje de amor y de fraternidad a todas las razas; no bastaba la seriedad de la justicia, necesitaba la expansión del sentimiento, el reconocimiento y la práctica del derecho, necesitaba la sanción de la fealdad.

Allí estaba la columna que mantenía vivo el odio de Inglaterra, de Prusia, de Austria, de Rusia, de Italia, de España contra Francia, y de ésta recíprocamente contra aquéllas.

Pues la Commune pone un dogma al cuello de la estatua de Napoleón, el pueblo de París tira, el ídolo patriótico cae deshecho en pedruzcos sobre el pavimento, y un inmenso clamor anuncia al mundo que el pueblo de París reconoce como hermanos a todos los habitantes de la Tierra.

Era aquello como el jubileo de la fraternidad humana; hecho sin precedente en la historia, por su alcance y por su universalidad. Se había visto poderosos reyes de naciones enemigas abrazarse cordialmente en los campos de batalla; diplomáticos representantes de pueblos enemigos tributarse recíprocamente los mayores agasajos para exprimir y firmizar sus propios representantes, pero un pueblo que abomina y pisotea su tradición patriótica y ofrece al mundo el ramo de oliva, se vio por primera vez en la Tierra en París, en Marzo de 1871.

Si la masa burguesa escribió: "Qu'on est fier d'être français quand on contemple la colonne!" el decreto de la Commune manifiesta que vale más ser miembro libre de la familia humana que francés sometido al privilegio.

La buena nueva se extendió por el mundo junto con la noticia de la sangrienta victoria de Versalles. Todos los trabajadores supieron que los generosos apóstoles de la fraternidad habían sido cazados y ametrallados con una ferocidad sin ejemplo. El Luxemburgo, el Pantheon, el Pere Lachaise, el cuartel de Lobau, Satory, son nombres que quedarán eternamente unidos a la historia de la reivindicación del proletariado; son como la Tierra Santa de nuestra redención regada con la sangre de innumerables proletarios.

El pacto quedó aceptado y sellado: por eso en este día todos los trabajadores del mundo se unen en un sentimiento unánime, y en todos los idiomas se tributa el homenaje de la gratitud al pueblo apóstol, al pueblo mártir que dió la fórmula de la Revolución Social.

¿Qué importa que el triunfo de efímera reacción haya reconstruido la columna!

Las consecuencias del derribo son permanentes, imprecderas: fraternidad de los pueblos en la integridad del derecho.

[Gloria, pues, a la Commune de París]

Anselmo LORENZO.

LOS CICLONES

La chalupa del comandante de la península Ducos, montada por presidiarios para ir a Lifon a tomar un cargamento de palo de rosa, no regresó esta vez a su sitio: los dos atrevidos forzados amarraron a los otros dos con echarlos al mar si no consentían la evasión. Los cuatro habían partido; remararon tanto que se alejaron mucho antes de despertar, pensando que si fuesen sorprendidos se defenderían.

El tiempo era pesado: ni un soplo de viento, la mar sosegada; sabían que esa alma presagiaba el ciclón y estaban recisamente en la época en que por fatiga debían venir (hacia tres años), los evadidos sabían igualmente que desde hacía muchos años, en cada una de las tormentas se veía un ballenero deslizarse sobre las olas como el holandés de las leyendas. Aquel barco sin abellón pasaba por estar dirigido por muertos.

Se le llamaba el Buque Fantasma. Si pudiesen ellos abordarlo! Hacía mucho tiempo que riéndose de la leyenda cada uno la repetía.

Los ciclones son los desposorios de la muerte: la pálida novia extiende sobre las olas su abellón de relámpagos y los elementos entonan el himno de todas con estertores de espanto.

—La onda como la tierra y la noche como la onda — decía Audiz, el bardo de Atai.

—¿Es el navío que ha zozobrado en la tierra que se lo ha engullido? Los cuatro desesperados que montaban la chalupa del comandante no se espantaban ni de las tinieblas ni de la cólera de los elementos: aquello era la libertad para ellos, porque morir también es ser libre, libre en el sueño sin dolores. Los dos que se habían visto obligados a formar parte de la expedición se callaban, encontrando la aventura hermosa y procurando como todo el mundo llegar al país de los ciclones, porque todos los que se balancean en sus vales llenos de vértigos, no se pierden.

Como las hojas en el otoño con los remolinos del viento, chalupa, bricks y goletas bailaban, como cáscaras de nuez, en la rada, donde el cañón de alarma alejaba la tempestad, buscando orientarse.

Todo era negro: una luz inmensa desgarrando la sombra señaló a los lejos sobre la cima dos barcos que semejaban a pájaros enloquecidos volaban desatinados, cazados por la tormenta.

—¿Habéis oído los chillidos estridentes del viento? ¿Los rompimientos de los bosques, los aullidos de la tempestad? En ese concierto furioso de la Naturaleza se siente la armonía universal.

Santiago otra vez lo había oído en las llamas del incendio como un eco lejano del trastorno inmenso.

En esos ruidos formidables, ¿quién hubiera soñado en hacer izar los pabellones?

No se buscó a los evadidos. La chalupa debía estar en peligro, y he ahí lo que se pensaba: se echaba de menos la chalupa y quizá también los hombres, porque eran inteligentes y rudos trabajadores.

Debía ser aquella barca que allí abajo danzaba al lado de otra mayor. Por la noche, el primer relámpago les mostró la mar y las olas. En un segundo sólo quedó la cáscara grande, balanceándose sin palo, parecida a un escarabajo monstruoso con las escotillas cerradas, y el nombre de la chalupa consignado entre los barcos perdidos y los hombres que la montaban se contaron en el presidio en la lista de los muertos.

El agua caía a torrentes; la mar estaba cubierta de cabelleras frescas de los mangles arrancados. Los menos interesados en aquel espectáculo no eran por cierto los miembros de una misión científica llegados por la noche para estudiar las clases de justicia empleadas por los primitivos.

Estos viajeros caían bien, sobre todo el que dirigía la misión, pues jamás ser más salvaje contempló con sus ojos de fiera espectáculo más terrible.

Roll Wolf seudía a través de los viajes la electricidad furiosa de su ser.

El último cuadro de la tempestad había sido magnífico: ahora la Naturaleza sosegada bajaba el telón.

Roll, que no sólo contempló la belleza del espectáculo, sino sobre todo los efluvios desencadenados, vivía la tempestad y el ciclón era el engrandecimiento de su vida.

¿Era culpa suya el que su madre hiciera pasar a él las emanaciones de esa lucha fantástica de las fieras? ¿Era culpa suya haber sido echado en las filas que producen la locura del homicidio? Roll, en tiempos más educados, hubiera encontrado otras corrientes; tal como era, representaba una fuerza enorme que, mal equilibrada, rodaba arrojando cuanto encontraba a su paso.

Roll entró en casa del gobernador, donde comía en compañía de los sabios que le acompañaban. Aquellos no podían hacer cosa mejor que conducir la conversación sobre el glorioso pasado judicial de Felipe Wolf, que era célebre mucho antes de la partida del gobernador para Numea, y debía ser agradable a su huésped el saber que en ninguna parte se ignoraban los servicios que había prestado a la ciencia: al presente, Felipe Roll era un hombre universal.

El nombre de Felipe sonaba mal a los oídos de Roll.

La tempestad había cambiado con él tanta electricidad, que sus nervios estaban saturados; cambió de conversación, pero su intención le salió mal. Como la aguja de la brújula que enloquece por los ciclones, buscando en vano el Norte, el instituto de Roll buscaba, buscaba sin encontrar.

—¿Sabe usted — preguntó el — cuál era aquella cáscara de nuez que tan gentilmente se ha echado sobre la otra cáscara, la chalupa de usted?

—Es el Buque Fantasma; dicen que pasa entre los ciclones.

—¿Qué? ¿Hay semejantes leyendas aquí? Yo creía que este nombre se adaptaba al sistema del barco.

—Al sistema y al hecho: hace tres años que ese brick atraviesa el ciclón, pues es la tercera vez que se le ve; yo le he visto dos.

—Ha pasado a una distancia menor de un tiro de cañón.

—Sí, poco menos.

—¿Y bien?

—Yo no comprendo por qué se eclaira sobre los barcos en la tempestad, y luego no es posible conocer un barco que no lleva insignia.

—Si sus intenciones fuesen buenas, ¿por qué escoger ese tiempo para pasear sin pabellón?

—Debe ser un ensayo de navegación, pues cuando la tempestad está en su apogeo, el barco plega velas y palos y se desliza como una caña sobre las olas; abonanzado el tiempo, el insecto despliega sus alas, sus antenas, y voga a más y mejor. Los naturales le han visto, dicen, vogar tan por los aires, que quizá sea un preparativo de navegación aérea.

—En efecto — dijo Roll —, es interesante para ir a los islotes donde nadie ve, y plantar allí el pabellón de su nación.

—Si se pudiese plantar en las nubes, cada aeronauta haría lo mismo.

Uno de los oficiales que había elevado la bandera francesa en un grupo de islotes situados al Sur de la Isla de los Pinos, guardó silencio.

—Al buenos las posesiones de allí no cuentan nada — dijo ingenuamente uno de los sabios para romper el silencio, un poco incómodo.

La corriente de la conversación se ha-

Luisa Michel ante el Consejo de guerra

Cuando entraron los versalleses, después de haber luchado bravamente en las barricadas, Luisa Michel supo que habían detenido a su madre y para que la pusieran en libertad se presentó al consejo de guerra.

Antes sus jueces no quiso defenderse y reivindicó altamente la responsabilidad de sus actos; negó toda participación en la ejecución del general Lacombe, pero no temió en declarar que si hubiera estado allí cuando dió el orden de tirar sobre el pueblo, hubiera tirado sobre él; en cuanto a los incendios, dijo que hubiera quemado de buena gana a París para oponer una barricada de llamas al ejército de Versalles.

Tabía querido, además, ir a Versalles para matar a Thiers y hacer así cesar la guerra civil sacrificando dos víctimas: Thiers y ella; Ferré se opuso.

Dijo esto lentamente; sin cólera, sin pasión. Sus ojos brillaban con un brillo particular y parecían mirar a la lejanía cuando pronunciaba estas palabras:

—No tengo puesto en la sociedad. Lo que reclamo de vosotros es que juzguéis abiertamente, y no en secreto, como los miembros de la comisión de indultos, es decir una justicia pronta y decisiva. No debéis dejarme vivir, porque mientras

viva os perseguiré con mi odio y llevaré a mis hermanos a la venganza. Lo que reclamo de vosotros es un lugar en el campo de Satory, al lado de mi querido Ferré, ¡si no sois cobardes, matadme!"

No la mataron. Luisa Michel, perseguida siempre, continuó muchos años después con igual valentía que en las barricadas de la Comuna y que antes el Consejo de guerra, proclamando su fe revolucionaria, su amor al pueblo y sus convicciones anárquicas.

El colaboracionismo

Los socialistas Italianos están planteando un curioso caso de colaboración. Para contrarrestar la prepotencia del fascismo, la fracción reformista encabezada por Turatti y los elementos dirigentes de la Confederación General del Trabajo que responde a D'Arzogna, han propuesto un pacto de alianza defensiva con los populares. Socialistas y católicos, a pesar de las diferencias de orden espiritual, pueden identificarse en un propósito, tanto en su acción parlamentaria como en la vía de los hechos, afirman los proponentes de esa inconcebible alianza.

Principalmente los elementos dirigentes de la C. G. del T., que pertenecen al ala derecha del Partido Socialista, están desconformes con los acuerdos tomados, respecto de la colaboración, en el último congreso del partido y sostienen la necesidad del pacto de alianza con los católicos. Al efecto, han declarado que, "aun manteniendo la política del socialismo, no puede excluirse un acuerdo de los sindicatos rojos con los sindicatos blancos, afiliados al Partido Popular, sobre la base de un programa común de reivindicaciones sindicales".

Mientras los elementos reformistas del socialismo y algunos miembros de la fracción extrema del catolicismo disienten y hasta aceptan la posibilidad de ese hecho, en Cremona parece que se llegó ya a un acuerdo, firmando un pacto de alianza entre socialistas y populares.

Una información telegráfica establecía al respecto lo siguiente: "El pacto dispone que ambas partes se obligan a colaborar para obtener el restablecimiento de las libertades políticas y sindicales y mantener frente a los capitalistas el carácter intangible de las conquistas obreras y en particular la de la jornada de ocho horas.

Este acuerdo es muy comentado, por cuanto él podría significar el anticipo de una colaboración más intensa de los católicos y socialistas, extendiéndose hasta la Cámara de Diputados, donde podrían ponerse de acuerdo para votar en ciertas materias en que los intereses son comunes, los socialistas, los populares y los nittianos."

El socialismo, convertido en un partido de oposición, no repara en los medios con tal de conseguir los fines que se propone en su acción parlamentaria. Y ese pacto de alianza con los católicos demuestra hasta qué grado de relajamiento llegaron los políticos socialistas y la enorme distancia que los separa de su punto de origen.

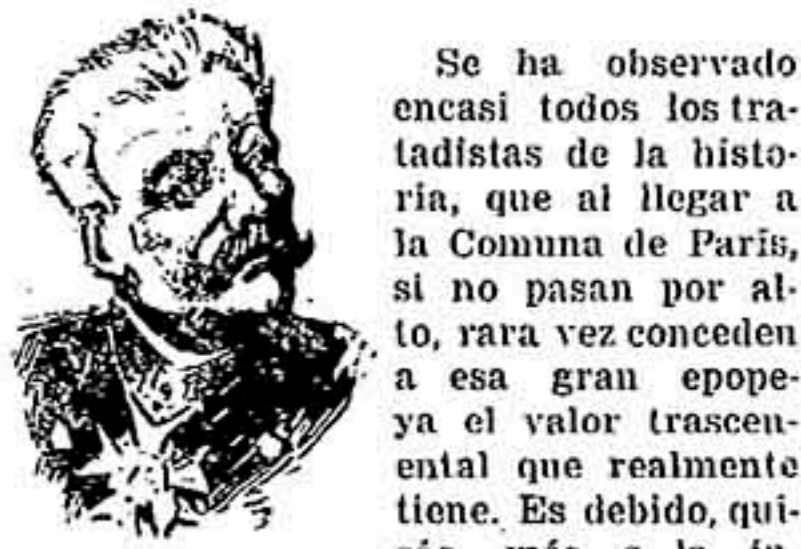
El parlamentarismo es la negación de todo esfuerzo revolucionario, porque los representantes que mandan los trabajadores al Parlamento no van más que a fortalecer las posiciones de la burguesía colaborando con los partidos que se intitulan populares o reformistas. Y el caso del Partido Socialista Italiano se puede aplicar al socialismo en general, incluyendo a los comunistas autoritarios.

Realmente hay una cierta diferencia entre la situación económica del proletariado y la del más humilde obrero actual. En cierta medida se puede disfrutar de algunos beneficios de la ciencia, antes desconocidos. Pero de esto a concluir que la suerte del siervo asfáltado sea bastante soportable, hay mucha distancia.

E. B.

La epopeya de la Comuna

El silencio de los historiadores



Callista, el Justiciero

Se ha observado en casi todos los tratadistas de la historia, que al llegar a la Comuna de París, si no pasan por alto, rara vez conceden a esa gran epopeya el valor trascendental que realmente tiene. Es debido, quizás, más a la incapacidad de comprender la trascendencia de esos hechos populares que a multitud o propósitos preconcebidos de silenciar la significación revolucionaria de la insurrección de la Comuna de París en 1871. Pero al margen de los historiadores que pudieran llamar oficiales, la tradición de la Comuna vive en nuestros días como viven los ideales en ella manifestados y que abrieron a la clase trabajadora del mundo los horizontes de la emancipación y de la libertad, de la igualdad y de la anarquía.

La revolución rusa renovó vigorosamente, infundió nuevos alientos a la lucha universal por la Comuna libre y por la abolición de todo poder gubernativo, y la gloriosa insurrección parisiense se presenta más sugestiva a nuestros ojos, con todo el alcance histórico que escapó a los hombres de mentalidad autoritaria, pero que fué advertido por los Reclus, Michel, Arnould, Cipriani LeFrancis, por todos aquellos que lucharon en las barricadas, junto al pueblo, en defensa de la Comuna de París, que comprobaron la virtualidad de la iniciativa de las masas, su capacidad constructiva, y la ineptitud de los gobiernos, de los comités centrales directores, de las dictaduras estatales.

Las ideas que no entran en el cuadro de los intereses conservadores, son relegados, o estudiadas despectivamente por los hombres que se pretenden vivir al contacto de las ideas sociales, filosóficas, científicas, etc. Así sucede que al adquirir una potencia considerable, al verse obligados a experimentar su fortaleza y su predominio, se desconciertan y se vuelven incapaces de estudiar, de valorizar hechos, manifestaciones, modalidades revolucionarias, y les pasa algo así como a aquel rey que se figuraba estar ante un motín callejero y presenciaba el comienzo de la "gran revolución" francesa. Pero no todos han pasado por la insurrección de 1871 sin comprender su significación. He aquí lo que escribió aquellos días Bakounin: "Soy un partidario de la Comuna de París, que por haber sido masacrada, sofocada en sangre, por el verdugo de la reacción monárquica y clerical, se hizo más atractiva, más dominante en la imaginación y en el corazón del proletariado de Europa, y sobre todo porque ha sido una característica y audaz negación del Estado.

"Es un hecho histórico inmenso el que esta negación del Estado se haya manifestado precisamente en Francia, que fué hasta aquí el país por excelencia de la centralización política, y que haya sido precisamente París, la cabeza y la creadora histórica de esta gran civilización francesa. París que depone la corona y que proclama con entusiasmo la propia abdicación, para dar la libertad y la vida a Francia, a Europa, al mundo entero; París que afirma nuevamente su histórica potencia de iniciativa mostrando a todos los pueblos esclavos la única vía de salvación y de emancipación...". Bakounin vio todas las consecuencias de la primera tentativa de abolición del poder de Estado. Y es por eso hoy uno de los hombres cuyo pensamiento está más vivo y es más adecuado para orientar la mentalidad proletaria hacia la completa emancipación política y económica.

Lepelletier, en su monumental *Histoire de la Commune* dice: "Entre todos los movimientos populares de que la historia nos ha conservado la huella, la insurrección parisiense del 18 de marzo

de 1871, y el período revolucionario conocido con el nombre de la "Comuna" ofrece la prueba de que las insurrecciones, aun aplastadas bajo la pesadez de los errores, ahogadas en el silencio de los historiadores, envueltas en el conjunto de mentiras, de calumnias y de injurias, quedan vivas, fecundas y toman en el transcurso de los años una lenta y persistente revancha".

El valor revolucionario de la Comuna comienza a comprenderse, y más a la luz de las experiencias rusas. El sistema federalista de administración y la abolición del gobierno se imponen con la fuerza de lo inevitable a la consideración de las masas rebeldes.

Cómo surgió la Comuna

La duración de la Comuna fué breve. De hecho nació el 18 de marzo y dejó de existir el 22 de mayo. Pero tuvo sus circunstancias preparatorias. El 31 de octubre de 1870 una gran parte de la población había querido reemplazar el gobierno de Defensa, desarticulado, incapaz, sin iniciativa. Las constantes derrotas inferidas por los ejércitos prusianos, la impopularidad de los Favre-Tochu, las amenazas de Bismark, las privaciones, etc., exacerbaban los ánimos del pueblo de París. Se entabló la lucha entre los que oprimían a las masas bajo el pretexto de que la patria estaba en peligro, y los que entreveían un porvenir mejor, es decir, los Flourens, los Blanqui, los Deschamps, los Pyat, los Millière, etc., jefes de la tentativa del 31 de octubre. La imaginación popular comenzó a despertar a la vida con un crítica franca de los procedimientos gubernativos, de los fracasos de cada día; se perdió toda la fe en el Estado; a medida que las masas populares despertaban de su indiferencia se iba desvaneciendo el respeto y la creencia en las autoridades. Las tropas no combatían a los prusianos con verdadera eficacia bajo las órdenes de unos dirigentes moralmente desprestigiados. Frente, o mejor dicho, contra el Estado legal y sus órganos de defensa y de ofensa se levantaba el pueblo en un momento de conciencia y de lucidez; surgieron batallones populares, se procuraron armas; se organizaban servicios administrativos fuera de los autorizados por la ley.

La derrota del 19 de enero provocó graves motines. El gobierno capituló. Thiers, jefe del ejecutivo, quiso desarmar la guardia nacional y llevarse los cañones de Montmartre. Esto provocó el diez y ocho de marzo.

Después del 19 de enero renunció Trochu a la defensa; en su lugar se nombró al general Vinoy, que inauguró su actividad con un manifiesto amenazador para el "partido del desorden". El 21 de enero, en el club de la Reina Blanca, fueron convocados los batallones populares para examinar la situación. Se resolvió que la guardia nacional no se



Grupo de prisioneros comunales

desarmaría. Enviáronse delegados a la Comuna y al Hotel de Ville. Los presos del 31 de octubre fueron libertados violentamente por el pueblo. El 22 se produjo un choque con las fuerzas del gobierno. Los suburbios alimentaban la insurrección; las medidas gubernativas avivaban la hoguera. Mientras la multitud esperaba a sus delegados al Hotel de Ville fué masacrada. Los clubs se cerraron. Los periódicos fueron suprimidos. Los prusianos entraron en París e impusieron sus condiciones. Se hizo la paz con el extranjero, pero se desencadenó la guerra civil. El gobierno persistía en desarmar la guardia nacional. Esta expresó su firme decisión de no acatar esa orden en la asamblea de Waux Hall, el 24 de febrero. Thiers no se dió por vencido. En la noche del 17 al 18 de marzo, a las tres de la mañana varias columnas de tropas del gobierno emprendieron la marcha en distintas direcciones hacia Belleville, Faubourg del Temple, la Bastilla, Hotel de Ville, plaza de San Miguel, Luxemburgo y los Inválidos. El general Susbille marchaba sobre Montmartre con dos brigadas, compuestas en conjunto de unos 6.000 hombres. La ciudad estaba silenciosa y desierta. La brigada mandada por el general Patural ocupó sin disparar un tiro, el molino de la Calette, uno de los puntos más elevados de Montmartre. La brigada de las órdenes de Lecomte llegó a la torre de Solferino y no encontró más que un centinela. Turpin, quiso defender su puesto; pero los gendarmes lo desarmaron, y corriendo al cuerpo de guardia de la calle Rosiers, lo sorprendieron y encerraron a los guardias nacionales en los sótanos de la torre Solferino.

A las seis de la mañana la sorpresa era completa. En todos los demás puntos, los que guardaban los cañones fueron igualmente sorprendidos. El gobierno triunfaba en toda la línea, y de Aurelles de Paladine envió a los periódicos una proclama de vencedor. No faltaban más que los cañones para hacer la mudanza de tan gloriosa conquista: Vinoy lo había olvidado o poco menos. A las 8 solamente se empezó a arrastrar algunas piezas.

Durante este tiempo los barrios se despertaban. Se abrían las tiendas matinales. Delante de las tabernas se hablaba en voz baja, se señalaban los soldados, las ametralladoras en batería

contra las calles populares, y en paredes un cartel, todavía húmedo, firmado por Thiers y sus ministros, donde se hablaba del comercio paralizado, de los pedidos en suspenso, de los capitales retraídos, y que terminaba con este frase del 2 de diciembre: "Los culpables serán entregados a la justicia. Es necesario que renazca el orden completo, inmediato, inalterable..." Se hablaba de orden, y la sangre iba a correr.

El general Patural, que quería acarrrear los cañones tomados en la votación. Las elecciones eran, pues, legales, desde el punto de vista gubernamental, en el momento en que los apoderados del gobierno no las habían autorizado. Doscientos ochenta y siete mil electores votaron, muchos más relativamente, que en las elecciones de febrero, pues desde el levantamiento del sitio, todas las personas que tenían algunos recursos habían ido a establecerse en las provincias.

El acto no pudo ser más libre ni sincero. No hubo en las cercanías de las salas de votación ni policía ni conciliábulos. La libertad fué tan absoluta, que no hubo en todo París ni una protesta; lo que no impidió a Thiers telegrafiar a los departamentos: "Las elecciones se harán hoy sin libertad ni autoridad moral".

Proclamación de la Comuna

El domingo, 26 de marzo, fué un día de gozo, un hermoso día de sol. París respiraba dichoso, como se respira al salir de las hienas o de un gran peligro. En Versalles las calles ofrecían siniestro aspecto; los gendarmes ocupaban la estación y exigían brutalmente los pasaportes, confiscando todos los periódicos de París. En París se entraba con entera libertad; las calles estaban llenas de gente; los cafés de boté en bote. El mismo muchacho pregonaba el *Paris Journal* — diario furiosamente reaccionario — y *La Commune*. Los escritos que atacaban el Hotel de Ville y las protestas de algunos obcecados se leían en las paredes junto a los carteles del Comité Central. La cólera del pueblo había pasado al cesar el peligro. La papeleta de voto había reemplazado al chassaport.

Según decreto del Comité Central, había que elegir un consejero municipal por cada 20.000 habitantes y por fracción de 10.000, o sea un total de noventa concejales. Las elecciones debían verificarse con las cédulas de febrero y según el sistema ordinario; pero el Comité había manifestado el deseo de que, para el porvenir, la votación nominal fuese considerada como la única digna de los principios democráticos. Todos los barrios de San Antonio, formados en columnas, con la bandera roja al frente y las papeletas abiertas en los sombreros, desfilaron por delante de la columna de la Bastilla, y en el mismo orden fueron a las secciones donde se votaba. La adhesión y la convocatoria de los aldeanos habían hecho desaparecer todos



Una barricada en ruinas

los estrépitos de los barrios burgueses, que tomaron parte en la votación. Las elecciones eran, pues, legales, desde el punto de vista gubernamental, en el momento en que los apoderados del gobierno no las habían autorizado. Doscientos ochenta y siete mil electores votaron, muchos más relativamente, que en las elecciones de febrero, pues desde el levantamiento del sitio, todas las personas que tenían algunos recursos habían ido a establecerse en las provincias.

El acto no pudo ser más libre ni sincero. No hubo en las cercanías de las salas de votación ni policía ni conciliábulos. La libertad fué tan absoluta, que no hubo en todo París ni una protesta; lo que no impidió a Thiers telegrafiar a los departamentos: "Las elecciones se harán hoy sin libertad ni autoridad moral".

Hasta los periódicos moderados tributaron elogios al artículo del *Diario Ojival* en que el delegado Longuet exponía la misión de la futura Asamblea Municipal.

"Ante todo, deberá definir su mandato, especificar sus atribuciones... Mejor esto, deberá buscar los medios más conducentes a obtener que el Poder central reconozca y garantice este estatuto de autonomía municipal". Tanta moderación, o mejor dicho, tan completa abdicación del Nuevo Poder revolucionario ante un Gobierno implacable y enemigo declarado del pueblo, contrastaba con la cólera violenta de Versalles. Aquel mismo día, Thiers gritaba desde la Tribuna: "No, Francia no permitirá que triunfen en su seno los misérrimos que quisieran cubrirla de sangre".

Al día siguiente, 200.000 miserables acudieron al Hotel de Ville para instalar a sus electos. Los batallones, tambor batiente, con la bandera coronada del gorro frigio y el fleco rojo en el fusil, confundidos con los soldados de línea, artilleros y marinos fieles a París, descendieron por todas las calles a la plaza de Gréve, como los mil arroyos de un caudaloso río. En medio del Hotel de Ville, delante de la parte central, se había erigido un inmenso tablado, ornado por inmensas banderolas rojas. Cien batallones ocupan la vasta plaza y forman delante del Hotel de Ville sus bayonetas, que relucen al sol. Otros batallones, que no han podido penetrar en la plaza, se extienden a los lejos hasta los bulevares. Las banderas están agrupadas delante del tablado, algunas de ellas tricolores, pero todas ellas con corbatas rojas, simbolizando el advenimiento del pueblo. Mientras que la milicia ocupaba la plaza, las músicas tocaban la *Marsellesa* y el cañón de la antigua *Commune* tronaba en el muelle.

De repente cesó aquel ruido atronador y reinó un silencio absoluto. Los individuos del Comité Central y de la *Commune*, ceñidos de sendas banderas rojas, se presentaron en el tablado. Ranvier pronunció las siguientes palabras:

"El Comité Central entrega sus poderes a la *Commune*. Ciudadanos, mi corazón está demasiado henchido de alegría para pronunciar un discurso. Permitidme tan sólo que glorifique al pueblo de París por el gran ejemplo que ha dado al mundo".

Un individuo del Comité proclamó los nombres de los electos. Los tambores tocaron a generala, y las músicas y doscientos mil voces entonaron la *Marsellesa*, sin querer oír más discursos.

Ranvier pudo difícilmente, en un momento de calma, pronunciar la fórmula solemne: "En nombre del pueblo, proclamo la *Commune*".

Un solo grito respondió, salido de doscientos mil pechos: "¡Viva la *Commune*!" Los kops danzan al extremo de las bayonetas, las banderas azotan al aire. En los balcones, en los tejados, millares de manos agitan otros tantos pañuelos. El ronco son, no interrumpido, de los cañones, las músicas y las trompetas, forman una sola y atronadora vibración. Todos los ojos brillan arrasados de lágrimas. Desde la gran Federación del año 90, el corazón de París no había palpitado tan violentamente.

La *Commune* persiste en el actual movimiento revolucionario antiestatal que sostiene con Bakounin que "la futura organización social debe hacerse de abajo a arriba, por medio de la libre asociación y de la federación de los trabajadores; primeramente en las asociaciones, después en las comunas, en las re-

soldados. El 21 de marzo inició su marcha sobre París. La resistencia fué algo sobrehumano; pero los comunales fueron derrotados.

Eliseo Reclus, escribía en su diario personal, en que estampaba sus impresiones del momento:

Domingo 28 de mayo. Toda esta mañana oí sonar el cañón; se le oye todavía, es que todo acabó. El cementerio del Père Lachaise, rodeado de una alta muralla, dominando a París con su multiplicidad de tumbas y de capillas, es el último punto en que se mantiene la insurrección... La insurrección de la derrota, y que nosotros mismos decimos sin darnos cuenta. Todo vencido, es fatalmente un insurrecto.

Se nos cuenta que en el boulevard del príncipe Eugenio, desde la plaza del Castillo de Agua a la Bastilla, la masa cre ha sido espantosa: después de haber tomado el cuartel, los soldados lanzaban por las ventanas a los guardias nacionales muertos o moribundos. Las alcáldas están llenas de cadáveres: yacen en todas las calles, el aire está apesadado. Se ven los perros correr con trozos humanos a sus refugios.

Se advierte entre los cadáveres el predominio de los viejos: son los fieles de 1848, los que resistieron la influencia cuervante del imperio y que le sobrevivieron.

La edad legal para formar parte de la guardia nacional es de 20 a 40 años; pero la mayor parte de los batallones de marcha han constatado que la élite de la tropa se componía de voluntarios de menos y de más de esa edad. Frecuentemente se veía en las compañías un hombre que marchaba entre su padre y su hijo. Los más ardientes, los más fuertes no dejaban casi nunca de ser el abuelo y el nieto. Esto es un buen augurio para la revolución que seguirá. Porque se piensa ya en ella".

¡Treinta mil comunales dieron su vida en defensa de la efímera Comuna de París! La represión fué atroz. Los versalleses no tuvieron piedad. El 28 de mayo por la noche apuntaba Reclus, enloquecido por el dolor de la derrota:

"Rodeado, atacado por todas partes, el cementerio del Père Lachaise ha sido invadido por las tropas rurales. Los úl-



Barricada defendida por mujeres

lismo y el anarquismo que tanto impulso habían de tomar a continuación. Todo el mundo se sintió conmovido. Todo el mundo proletario saludó con júbilo el advenimiento de una nueva era, anunciada por la Comuna.

La *Commune* persiste en el actual movimiento revolucionario antiestatal que sostiene con Bakounin que "la futura organización social debe hacerse de abajo a arriba, por medio de la libre asociación y de la federación de los trabajadores; primeramente en las asociaciones, después en las comunas, en las re-

timos defensores de la Comuna fueron masacrados...".

La duración fué breve. Pero social y políticamente, la Comuna es inmortal. La Comuna vive en el corazón de los trabajadores revolucionarios. Thiers, el asesino, no pudo ahogar en la sangre ese principio anti-estatal que el pueblo de París intentó realizar en 1871.

El catecismo de los puercos

Suponed que algunos puercos (puercos de cuatro patas) dotados de sensibilidad y de facultades lógicas superiores hayan alcanzado una cierta cultura, y que después de examen y reflexión puedan escribir, para gobierno nuestro, su idea del Universo, de sus intereses y de sus deberes en la tierra. ¿Acaso esto no interesaría a un público juicioso y no podría ser un estimulante para el libro del comercio, ampliándolo? Actualmente se comprende que es necesario recibir los sufragios de todas las criaturas si se quiere legislar para ellos con completo conocimiento de causa. "¿Cómo podéis gobernar una cosa, dice mucha gente, sin pedir de antemano su sufragio?" A no ser que ya lo conocéis, y lo que en virtud de él se quiere, y cosa aun más importante, lo que la Naturaleza quiere, pues que, en fin de cuentas, la Naturaleza es la única cosa que se desea obtener. Así, pues, las proposiciones de los puercos serán poco más o menos como siguen:

1.ª El universo, según todo lo lejano que pueda ir una sana conjetura, es una inmensa gamella de puerco, compuesta de sólido y de líquido, y otras substancias contrarias y variadas, pero especialmente compuesta de cosas que es posible lograr y de cosas imposibles de lograr, éstas en cantidad más grande, para la mayor parte de los puercos.

2.ª El mal moral es la imposibilidad de obtener la pitanza porquera; el bien moral la posibilidad de atraparla.

3.ª ¿Qué es el paraíso o estado de inocencia? El paraíso, llamado así mismo estado de inocencia, edad de org y otras denominaciones, era (según los puercos de escaso raciocinio) la posibilidad sin límites de obtener la pitanza cochinería; de modo que, en el cumplimiento perfecto de su deseo, la imaginación cochina no podía ir más allá de la realidad: una fábula, una quimera, como puercos de buen sentido lo ven actualmente.

4.ª "Definid el deber completo de los puercos. La misión de la cocinera universal y el deber de todos los puercos en todos los tiempos consiste en disminuir la cantidad de lo que no se puede obtener. Cualquier conocimiento, invención y esfuerzo ha de estar dirigido hacia este objetivo único; la ciencia porquina, la devoción del marrano y el entusiasmo del cerdo, no tienen otro alcance. Es el deber completo de los puercos.

5.ª La poesía de los puercos debe consistir en reconocer universalmente la excelencia de la pitanza y cantar la festividad de los puercos cuya gamella está en buen orden y que han comido abundantemente.

6.ª El puerco ha de conocer su tiempo, sacando su hocico fuera para saber qué tiempo hará.

7.ª ¿Quién hizo al puerco? No se sabe. Tal vez el cochino.

8.ª ¿Tenéis leyes y una justicia en el país de los puercos? Los puercos dotados de espíritu observador, han descubierto que hay, o que antiguamente se suponía que había, una cosa llamada justicia. Es innegable, de todos modos, que existe en la naturaleza del ganado de cerda un sentimiento llamado indignación, deseo de venganza, etc., el cual, si un cerdo provoca a otro, se manifiesta de un modo más o menos destructivo; de ahí la necesidad de las leyes, de una asombrosa cantidad de leyes, pues las disputas llenan por consecuencia la sangre que se vierte, existencias destruidas, un desfilarse en el stock general de la pitanza y la ruina temporal de grandes partidas de la gamella universal. Por esto hay que observar la justicia a fin de evitar las disputas.

9.ª ¿Qué es la justicia? Nuestra parte de la gamella común y nada de la mía.

10.ª ¿Pero cuál es mi parte? ¡Ah! Aquí está la gran dificultad, sobre la cual la ciencia porquina, después de haber meditado durante mucho tiempo, no pudo resolver aún nada. Mi parte, en suma, es todo lo que hallo medio de coger sin correr el riesgo de ir a la cárcel o al patíbulo.

Tomás CARLYLE.

CRONSTADT

LOS HECHOS



Trotsky, el moscovita

En Kronstadt "fué ejecutado el más espantoso crimen de la dictadura del partido comunista: un crimen contra el proletariado, un crimen contra el socialismo y contra la revolución. Un crimen que fué multiplicado centenares de veces por medio de bien tramadas y ruines mentiras, difundidas por los bolcheviques en todo el mundo.

La futura historia contará esas inauditas vergüenzas. Aquí debe darse sólo un breve esbozo de los acontecimientos en Kronstadt. En el mes de febrero de 1921 los obreros de las fábricas de Petrogrado fueron a la huelga. Era un invierno extraordinariamente crudo: ellos y sus familias padecían bajo el frío, hambre y extenuamiento. Desearon un aumento en sus raciones alimenticias, alguna leña para el fuego y vestidos. Aquí y allá se hicieron también oír voces que reclamaban la convocación de la Constituyente y del comercio libre. Los huelguistas emprendieron una demostración callejera y las autoridades llamaron contra ellos a las fuerzas militares — principalmente los "kursants", jóvenes comunistas de la escuela militar de los cadetes.

Cuando los marineros de Kronstadt oyeron lo que sucedía en Petrogrado, expresaron su solidaridad con los huelguistas en sus exigencias económicas y revolucionarias, pero rehusaron apoyar el grito de "¡por la Constituyente y por el comercio libre!" El primero de marzo, en Kronstadt, los marineros tuvieron un mitin público en el que participaron también el presidente del comité ejecutivo central panruso, Kalinin (el oficial que preside la república rusa), el comandante de la fortaleza de Kronstadt, Kuzmin, y el presidente del soviet de Kronstadt, Wassilyeff. El mitin, con el consentimiento y el permiso del comité ejecutivo de los soviets de Kronstadt, tomó una resolución con la que se declararon de acuerdo los marineros, la garnición y los habitantes de Kronstadt, que estaban presentes en número de 16.000. Kalinin, Kuzmin y Wassilyeff hablaron contra esa resolución. Los puntos principales de la misma eran: libertad de palabra y de prensa para los partidos revolucionarios; amnistía para los presos revolucionarios; nueva elección de los soviets, por medio de la votación secreta y ninguna intromisión gubernativa durante las luchas electorales. Las autoridades de Kronstadt contestaron a esa resolución con esto: que se llevaban los medios de alimentación y la provisión de municiones. Los marineros impidieron esa tentativa; ocuparon las entradas de la ciudad y detuvieron a los comisarios recalcitrantes. Se permitió a Kalinin volver a Petrogrado.

Tan pronto como las autoridades de Petrogrado supieron de la resolución de Kronstadt comenzaron una mentirosa campaña de ultrapas. A pesar del hecho de que Zinowief estaba en continua relación telefónica con el oficial que preside en Kronstadt y que de parte de éste le fué asegurado que en Kronstadt estaba todo tranquilo y que los marineros estaban ocupados sólo en la preparación de las nuevas elecciones, la estación radiotelegráfica petrogradense enviaba inintermittentemente noticias al mundo entero informando de un complot contrarrevolucionario y de una sublevación de una guardia blanca en Kronstadt. Al mismo tiempo, Zinowief, Kalinin y sus cómplices ante los soviets de Petersburgo, imprimieron una resolución en la que había un ultimátum a Kronstadt, que contenía el castigo de una destrucción completa en el caso de que se rehusara la rendición inmediata.

Entonces hubo un grupo de revolucionarios bien conocidos y dignos de confianza que reconocieron el carácter pro-

vocativo de semejante política, los que se dirigieron a Zinowief y al Consejo de Defensa, del que Zinowief era vicepresidente, para explicarles la naturaleza no revolucionaria, sino reaccionaria de su política y el gran peligro que había en ella para la revolución. Las peticiones de Kronstadt se las indicaron claramente: Kronstadt estaba contra la asamblea nacional, contra el comercio libre y a favor de la forma soviética de gobierno.

Pero la población de Kronstadt, como lo expresaba en su manifiesto claro y abiertamente, no podía tolerar más tiempo el despotismo del partido. Desearon el derecho de exteriorizar sus inquietudes y preocupaciones, y anhelaban la reconstrucción de los soviets libres.

"Todo el poder a los soviets", era de nuevo su grito de orden, como había sido en 1917 el grito de lucha del pueblo y de los bolcheviques. Pero tomar las armas contra Kronstadt era verdaderamente la culminación de la locura: era, en realidad, un espantoso crimen. El único derecho y la única solución revolucionaria estaba en el consentimiento a las propuestas de Kronstadt (telefonadas por los marineros a Zinowief) sobre la elección de una comisión imparcial y en llegar a un aceptable acuerdo.

El llamado del grupo revolucionario de Petrogrado fué ignorado; muchos comunistas veían enteramente clara la vergonzosa y reaccionaria actitud del gobierno contra Kronstadt; pero humildes esclavos y moralmente castrados por el jesuitismo del partido, no se atrevieron a hablar y apoyaron y tomaron parte en el crimen.

El 7 de marzo Trotsky comenzó el bombardeo de Kronstadt, y el 17 del mismo mes la fortaleza y la ciudad, después de numerosos y encarnizados asaltos y de traiciones que costaron espantosos sacrificios de vidas humanas, eran tomadas. Así fué "liquidada" Kronstadt y el "complot contrarrevolucionario" ahogado en sangre. La conquista de la ciudad fué acompañada de crueles atrocidades contra los defensores, si bien los marineros de Kronstadt no habían ni maltratado ni matado a ningún comunista detenido. Y aun al comienzo del asalto de Kronstadt muchos soldados del ejército rojo, cuyo espíritu revolucionario y de solidaridad los había decidido a rehusar su participación en la carnicería, fueron sumariamente ejecutados por los bolcheviques.

El "complot" y la "victoria" eran necesarios para los bolcheviques, para salvarlos de la amenazadora descomposición interior. Trotsky, que fué tratado por Lenin durante una discusión sobre el rol que han de jugar los sindicatos obreros (en una sesión general del partido comunista y del consejo ejecutivo central de los Sindicatos obreros) como mal discípulo, que no había estudiado bien su Marx, se había demostrado esta vez el salvador del "país en peligro". La armonía fué restablecida nuevamente.

Algunos días después del "glorioso triunfo" de Kronstadt, en el X congreso del Partido Comunista ruso, Lenin decía: "Los marineros no querían ninguna contrarrevolución — pero tampoco nos querían a nosotros". Y — ironía de veredugo — en ese mismo congreso, Lenin presentó la introducción del comercio libre "por un tiempo".

El 17 de marzo, el gobierno comunista dirigió su victoria sangrienta contra el proletariado de Kronstadt y el 18 celebraba el recuerdo de los mártires de la Comuna de París. Aun el que no tiene ojos en la cara para ver, habría tenido que reconocer que el crimen contra Kronstadt era más espantoso y monstruoso que la masacre de los luchadores de la Comuna de 1871, pues el primero fué realizado en nombre de la revolución social y de la república socialista. Por esto merece afandarse a las clásicas y vergonzosas figuras de Thiers y Gallifet, las de Trotsky, Zinowief, Dihbenko y Tuchachfsky.

En el comenterio del Páre Lechaiss, los trabajadores de París tienen su lugar de sepultura. Allí yacen sepultados millares de comunistas.

El primero de marzo de 1921 se verificó en Kronstadt una asamblea de la gente de todas las líneas fluviales, en la que la delegación debía presentar el informe. Resultado de la reunión es la aprobación de la siguiente resolución: "Después de haber escuchado el informe de todos los barcos, la asamblea acuerda presentar las siguientes exigencias:

1.º — Considerando que los soviets existentes hoy, no interpretan el anhelo de los obreros y campesinos, exigimos la convocación a nuevas elecciones para los soviets, con votación secreta, y que todos los obreros y campesinos tengan completa libertad de realizar su propaganda antes de que se efectúen las elecciones.

2.º — Libertad de reunión para los sindicatos industriales y organizaciones de los campesinos.

3.º — Libertad de palabra e imprenta para los campesinos y obreros, para los anarquistas y socialistas revolucionarios de la izquierda.

4.º — Convocar una conferencia imparcial de los obreros, soldados rojos y marineros de Kronstadt, Petrogrado y la circunscripción de Petrogrado, antes del 10 de marzo de 1921.

5.º — Liberación de los presos políticos de todos los partidos socialistas y de todos los obreros, campesinos, soldados rojos y marineros arrestados con motivo de las revueltas de los campesinos y obreros.

6.º — Nombrar una comisión especial para revisar los procesos de los presos en las cárceles y campos de concentración.

7.º — Suprimir todas las reparticiones políticas especiales, para que ningún partido goce privilegios especiales para su propaganda y esté subvencionado por el Estado. (Se refiere a las organizaciones, en todas las instituciones civiles y militares de Rusia a las que sólo pueden pertenecer miembros del partido comunista). El lugar de estas reparticiones será ocupado por comisiones especiales para la preparación educacional y sus haberes serán costeados por el gobierno.

8.º — Supresión del control en las estaciones ferrocarrileras. (Refiérense a los guardias militares, para prohibir el transporte de los víveres que el Estado ni compra ni vende).

9.º — Ración igual para todos los obreros, exceptuando a los que estén ocupados en industrias malsanas.

10.º — Supresión de todas las reparticiones comunistas, de todas las corporaciones militares y los guardias comunistas en las fábricas. Si fueran necesarias tales secciones, que sean elegidas

directamente por los soldados de los regimientos y por los obreros de las mismas fábricas.

11. — Que los campesinos tengan derecho a disponer de sus productos y puedan tener hacienda siempre que no ocupen asalariados.

12. — Apelamos a todas las corporaciones militares y a los camaradas de las escuelas militares para que se adhieran a nuestro movimiento.

13. — Rogamos a todos la difusión posible de nuestra resolución.

14. — Que se nombre una oficina para el control callejero.

15. — Libertad de trabajar a domicilio, mientras que no se empleen asalariados.

Esta resolución fué leída en una asamblea de los ciudadanos de Kronstadt, en presencia de diez y seis mil personas, siendo aprobada por unanimidad.

SIGNIFICACION DE KRONSTADT

"Aquí, en Kronstadt, fué colocado el fundamento de la tercera revolución, la que abrirá camino al socialismo. Que nuestras revolución convenga a los obreros del Oriente y Occidente de que todo lo acaecido hasta ahora en Rusia nada tiene que ver con el socialismo.

Los obreros y campesinos marchan adelante. Se alejan de la convención nacional con el régimen burgués, como también de la dictadura del partido comunista con su "comisión extraordinaria" y su capitalismo de Estado, que estrangula al pueblo trabajador, como la soga del verdugo.

"La actual revolución permite a los obreros elegir libremente sus soviets, sin tener la presión de partido alguno. Hará posible a los sindicatos completamente burocratizados, la reorganización en asociaciones libres de obreros manuales e intelectuales."

Los marineros de Kronstadt han pertenecido siempre a los elementos más enérgicos y dispuestos al sacrificio en el movimiento revolucionario ruso; tomaron ya un rol importante en el año 1905. Cuando estalló la revolución en 1917, fueron nuevamente los primeros en la lucha, demostrando un valor heroico. Bajo el gobierno de Kerensky, proclamaron la comuna en Kronstadt y se opusieron enérgicamente contra la Asamblea Constituyente en la que reconocieron un peligro para la revolución. Cuando más tarde comenzó la revolución octubre, que otorgó el poder a los bolcheviques, estuvieron otra vez al frente del movimiento. Su lema era: "¡Todo el poder a los soviets!"

En la lucha sangrienta con Yudenich, los marineros de Kronstadt fueron la muralla de hierro, contra la que todas las intenciones reaccionarias se desbarataron. La influencia de las ideas anarquistas, en los marineros de Kronstadt, fué la causa por que defendían con tanto tesón su autonomía, cuando el gobierno central de Moscú empezó a coartar más y más los derechos primitivos de los soviets. Todos los intentos de Trotsky para someter a los marineros de Kronstadt a las mismas condiciones que implantó en el ejército, no tuvieron casi ningún éxito. Mientras necesitaba concentrar todas las fuerzas para la guerra con el contrarrevolucionario, nada pudo hacer".

(Palabras de Rudolf Rocker).

Algunos sociólogos sedicente socialistas cayeron asimismo en esta equivocación y quisieron demostrar que, ya que el mínimo de consumación aumentaba en un espacio de tiempo más o menos limitado, era posible anular el pauperismo conservando las instituciones autoritarias, propiedad y salario, y conciliaron de ahí que el colectivismo, aun siendo, según ellos, la finalidad fatal de la evolución actual, sería un progreso respecto al reparto de los productos de consumo.

Partiendo de aquí, algunos hallaron que el proletariado no era ya aquel infierno tan maldonado que legitimaba todas las rebeliones, sino, simplemente un purgatorio, y que aun cuando la propiedad individual continuase siendo la base de la sociedad, los trabajadores, podían tener la esperanza de alcanzar un día el paraíso.

En el comenterio del Páre Lechaiss, los trabajadores de París tienen su lugar de sepultura. Allí yacen sepultados millares de comunistas.

(Del folleto "Die russische Revolution")

una die Kommunistische Partei", escrito por un conocido camarada ruso en Moscú, junio de 1921).

¿QUE QUERIAN LOS INSURRECTOS?

El primero de marzo de 1921 se verificó en Kronstadt una asamblea de la gente de todas las líneas fluviales, en la que la delegación debía presentar el informe. Resultado de la reunión es la aprobación de la siguiente resolución: "Después de haber escuchado el informe de todos los barcos, la asamblea acuerda presentar las siguientes exigencias:

1.º — Considerando que los soviets existentes hoy, no interpretan el anhelo de los obreros y campesinos, exigimos la convocación a nuevas elecciones para los soviets, con votación secreta, y que todos los obreros y campesinos tengan completa libertad de realizar su propaganda antes de que se efectúen las elecciones.

2.º — Libertad de reunión para los sindicatos industriales y organizaciones de los campesinos.

3.º — Libertad de palabra e imprenta para los campesinos y obreros, para los anarquistas y socialistas revolucionarios de la izquierda.

4.º — Convocar una conferencia imparcial de los obreros, soldados rojos y marineros de Kronstadt, Petrogrado y la circunscripción de Petrogrado, antes del 10 de marzo de 1921.

5.º — Liberación de los presos políticos de todos los partidos socialistas y de todos los obreros, campesinos, soldados rojos y marineros arrestados con motivo de las revueltas de los campesinos y obreros.

6.º — Nombrar una comisión especial para revisar los procesos de los presos en las cárceles y campos de concentración.

7.º — Suprimir todas las reparticiones políticas especiales, para que ningún partido goce privilegios especiales para su propaganda y esté subvencionado por el Estado. (Se refiere a las organizaciones, en todas las instituciones civiles y militares de Rusia a las que sólo pueden pertenecer miembros del partido comunista). El lugar de estas reparticiones será ocupado por comisiones especiales para la preparación educacional y sus haberes serán costeados por el gobierno.

8.º — Supresión del control en las estaciones ferrocarrileras. (Refiérense a los guardias militares, para prohibir el transporte de los víveres que el Estado ni compra ni vende).

9.º — Ración igual para todos los obreros, exceptuando a los que estén ocupados en industrias malsanas.

10.º — Supresión de todas las reparticiones comunistas, de todas las corporaciones militares y los guardias comunistas en las fábricas. Si fueran necesarias tales secciones, que sean elegidas

directamente por los soldados de los regimientos y por los obreros de las mismas fábricas.

11. — Que los campesinos tengan derecho a disponer de sus productos y puedan tener hacienda siempre que no ocupen asalariados.

12. — Apelamos a todas las corporaciones militares y a los camaradas de las escuelas militares para que se adhieran a nuestro movimiento.

13. — Rogamos a todos la difusión posible de nuestra resolución.

14. — Que se nombre una oficina para el control callejero.

15. — Libertad de trabajar a domicilio, mientras que no se empleen asalariados.

Esta resolución fué leída en una asamblea de los ciudadanos de Kronstadt, en presencia de diez y seis mil personas, siendo aprobada por unanimidad.

SIGNIFICACION DE KRONSTADT

"Aquí, en Kronstadt, fué colocado el fundamento de la tercera revolución, la que abrirá camino al socialismo. Que nuestras revolución convenga a los obreros del Oriente y Occidente de que todo lo acaecido hasta ahora en Rusia nada tiene que ver con el socialismo.

Los obreros y campesinos marchan adelante. Se alejan de la convención nacional con el régimen burgués, como también de la dictadura del partido comunista con su "comisión extraordinaria" y su capitalismo de Estado, que estrangula al pueblo trabajador, como la soga del verdugo.

"La actual revolución permite a los obreros elegir libremente sus soviets, sin tener la presión de partido alguno. Hará posible a los sindicatos completamente burocratizados, la reorganización en asociaciones libres de obreros manuales e intelectuales."

Los marineros de Kronstadt han pertenecido siempre a los elementos más enérgicos y dispuestos al sacrificio en el movimiento revolucionario ruso; tomaron ya un rol importante en el año 1905. Cuando estalló la revolución en 1917, fueron nuevamente los primeros en la lucha, demostrando un valor heroico. Bajo el gobierno de Kerensky, proclamaron la comuna en Kronstadt y se opusieron enérgicamente contra la Asamblea Constituyente en la que reconocieron un peligro para la revolución. Cuando más tarde comenzó la revolución octubre, que otorgó el poder a los bolcheviques, estuvieron otra vez al frente del movimiento. Su lema era: "¡Todo el poder a los soviets!"

En la lucha sangrienta con Yudenich, los marineros de Kronstadt fueron la muralla de hierro, contra la que todas las intenciones reaccionarias se desbarataron. La influencia de las ideas anarquistas, en los marineros de Kronstadt, fué la causa por que defendían con tanto tesón su autonomía, cuando el gobierno central de Moscú empezó a coartar más y más los derechos primitivos de los soviets. Todos los intentos de Trotsky para someter a los marineros de Kronstadt a las mismas condiciones que implantó en el ejército, no tuvieron casi ningún éxito. Mientras necesitaba concentrar todas las fuerzas para la guerra con el contrarrevolucionario, nada pudo hacer".

(Palabras de Rudolf Rocker).

Algunos sociólogos sedicente socialistas cayeron asimismo en esta equivocación y quisieron demostrar que, ya que el mínimo de consumación aumentaba en un espacio de tiempo más o menos limitado, era posible anular el pauperismo conservando las instituciones autoritarias, propiedad y salario, y conciliaron de ahí que el colectivismo, aun siendo, según ellos, la finalidad fatal de la evolución actual, sería un progreso respecto al reparto de los productos de consumo.

Partiendo de aquí, algunos hallaron que el proletariado no era ya aquel infierno tan maldonado que legitimaba todas las rebeliones, sino, simplemente un purgatorio, y que aun cuando la propiedad individual continuase siendo la base de la sociedad, los trabajadores, podían tener la esperanza de alcanzar un día el paraíso.

LA COMUNA

¡El pueblo había sido engañado! Los esfuerzos del pueblo habían fracasado, vencidos por el ansia dominadora de la burguesía. Esta, que durante el temporal revolucionario permaneciera en casa guarecida mientras la plebe luchaba su obra, surgió en el momento de la repartición y acaparó para sí los mejores trozos...

¿Y el pueblo? El pueblo, despreciado, envilecido, continuó en su afán laborioso, trabajando para su nuevo amo, sin que de la agitación pasada guardara otra cosa que la visión de la felicidad adivinada, y odio, mucho odio, un odio inmenso para la nueva clase parasitaria.

De la larga incubación revolucionaria no había surgido otra cosa que un nuevo amo: la burguesía, que antes se confundía con la plebe y que ahora pretendía convertirse en dominadora.

Nada había cambiado. Idénticos dolores, idénticos sufrimientos, las mismas penas, iguales ansias. La explotación, constituida en sistema, la ignorancia como medio de sumisión, la esclavitud del cerebro y del estómago, para mantener la parasitaria minoría de orgullosos y satisfechos.

Los agitadores del 93 habían prometido al pueblo la felicidad que Juan Jacobo y otros trazaron con las tintas coloridas de su genio. La realidad fué espantosa.

A la servidumbre pasada en que el hombre era considerado como una bestia, vino a suceder el salario en que el hombre representa algo menos. El esclavo debe ser mantenido y representa un capital: no así el asalariado que se sustituye cuando se quiere.

Los proselitistas de La Jacquerie soñaban con la posesión de las riquezas sustraídas a la nobleza, pero faltos de fuerza para defenderlas, cayeron en manos de la burguesía, dueña de la tierra. La plebe continuó sufriendo sobre el terruño.

Tanta riqueza, tanto bienestar acumulados necesitaban defensores, y a las declaraciones de los revolucionarios que establecían la fraternidad, la burguesía opuso la visión macabra del Gran Asesino. Se hicieron y deshicieron patrias: de la noche a la mañana el hermano era enemigo del hermano y obligado a batirse. La carne de cañón tapizó la marcha del Corso Rojo; de un extremo a otro de la tierra, los ejércitos se movían en evoluciones terribles, y el hombre se constituía en asesino del hombre.

La iglesia resucitó con los delirios de Robespierre, y el hambre — producto de la desigualdad económica — y la ignorancia — engendro del fanatismo y de la creencia religiosa — y la degradación moral — producto ponzoñoso del militarismo, constituido en piedra angular de la sociedad — imperaron de nuevo sobre la tierra. Trilogía del mal con que la burguesía práctica respondía a los tres bienes del pueblo en revolución.

Así pasaron ochenta años. Un día el pueblo de París vio sus casas cercadas por seres que se decían sus enemigos y que venían con la fuerza a esclavizarle. En ese angustioso momento volvió los ojos a las clases dirigentes esperando la salvación, y en vez de eso vio las ocupadas en pactar con el enemigo. Los sentimientos de patria, de raza y de religión, por los cuales hacían morir al pueblo, no representaban nada para ellos. El pueblo comprendió entonces que la burguesía no tenía más patria ni más Dios que su dominación sobre los productores.

De pie, erguida, la mirada centelleante y el gesto terrible, la plebe despreciada proclamó la libertad. Hubo lucha cruel y feroz, y cuando la traición sentó sus reales en las propias flamas libertadoras, la desesperación proclamó el nihilismo como castigo y recompensa. París ardió en la noche entre el estruendo de la fusilería, como una gigantesca hoguera en la que se calcinaba el viejo mundo, como una hornalla enorme en la que se fraguaba la nueva humanidad!

Pero los tiempos no eran todavía los

tiempos esperados. La Comuna fué una etapa, grande sí, pero una etapa al fin. Fué una jornada que regaron con su sangre treinta y ocho mil víctimas, y que sesenta mil deportados humillaron con la luz de sus odios. Grandiosa en su terrible sencillez, la Comuna fué el pedido violento de los bienes que en la Bastilla se simbolizaban.

El pueblo había sufrido tanto al verse engañado, que la reclamación asumió los caracteres de un duelo feroz. Cuerdo a cuerpo lucharon las clases enemigas con ensañamiento, por la consecución de sus ideales, con el mismo vigor, con la misma crueldad.

¡Y cuán hermosa la visión del ideal plebeyo!

Artistas y pensadores habían contribuido para su formación. Todas las energías humanas se hallaban en él, todos los nobles instintos vitales tenían allí su apoteosis. Era la consagración de la multitud desconocida, la que trabaja y sufre y calla, la que es todo desprendimiento y amor, todo altruismo.

Tenía ese ideal una atracción tan poderosa que por él murieron millares de hombres con la sonrisa en los labios y la alegría en los ojos.

A pesar de todo, fracasó. Los tiempos no eran todavía aquellos tiempos predeterminados y la derrota completó la obra de la traición. La burguesía se impuso, pero ya traía en sí el germen de la decadencia; la plebe sabía que bastaba una

COMENTARIOS RETROSPECTIVOS

El problema nacionalista en Irlanda

De acuerdo con el reciente tratado de paz firmado por representantes del gobierno inglés y miembros del Sinn Féin, Irlanda pasa a ser una especie de dominio del imperio británico, con parlamento propio y un gobierno nacional sujeto al juramento de fidelidad a la corona. Gracias a esta manobra, que rechazó De Valera y otros republicanos irlandeses, Inglaterra se asegura el dominio económico y político de la isla y da un golpe de muerte a la guerra civil, desarmando por ahora a los intranquilos gracias a la defección de los moderados que defienden únicamente los intereses del alto clero y de la burguesía irlandesa.

Como elemento ilustrativo de las luchas sectarias sostenidas por el pueblo irlandés contra la dominación inglesa y del carácter de esas luchas a través de los siglos, publicamos a continuación, un especie de resumen histórico y crítico, que juzgamos ha de interesar a nuestros lectores, puesto que el sufeñismo constituye actualmente materia de estudio para todos los que siguen el proceso histórico y el desarrollo de las revoluciones y procuran sacar de los hechos saludables enseñanzas para el futuro.

Fué ya en el siglo XII cuando la Verde Erin, como los poetas llaman a Irlanda, comenzó a sentir el yugo de Inglaterra. Como le sucedió a Grecia, cuando sus habitantes llamaron a los soldados de Roma para ayudarles en la lucha que sostenían contra los macedonios, lo que dió motivos a los romanos para quedarse en el país e ir poco a poco dominándole, así les ocurrió también a los irlandeses, todo por que uno de sus jefes poderosos invitó a Enrique II, rey inglés, a tomar parte en las guerras civiles que entonces había en aquella isla. La llegada de los ingleses a Irlanda, en 1165; fué el primer paso para que ésta perdiera su independencia. Después, aunque lentamente, por la gran resistencia que a los extranjeros opusieron los naturales, el dominio inglés se extendió por todo el territorio irlandés. En 1312, Irlanda quedaba totalmente conquistada por Inglaterra.

Cuando los irlandeses conocieron bien la dureza del yugo inglés, fué después de la Reforma. No habiendo querido

sola acción suya para detener la marcha del mundo, y la consigna fué esperar. Una cosa había quedado demostrada, y era que la salvación vendría de la comprensión por todos de sus respectivos derechos. Y el pueblo que hasta entonces había amado u odiado dejándose llevar por los sentimientos, púsose a pensar, a meditar, a estudiar. Multiplicábase agrupaciones y a ellas acudían los intelectuales y los ignorantes, éstos con el deseo de aprender, aquéllos con el de enseñar, de derramar la buena semilla.

La Comuna había sido una dolorosa enseñanza y el pueblo supo aprovecharla. Consciente de su fuerza sirvióse de ella para mejorar su vida torturada. Poco a poco la canalla se impuso en sus reclamaciones.

Eran los frutos de la violencia. Cada mejora era conquistada tras un acto de fuerza, por los más rebeldes o más osados. Los legislarios reformistas fracasaban en sus intenciones, mientras los revolucionarios adquirían vigor y fuerza. Las reformas eran siempre postergadas, mientras las mejoras se alcanzaban con la protesta ruidosa, con la rebeldía activa, con la violencia en la palabra, con la violencia en el hecho.

Así el pueblo llegó a convencerse de que sólo la violencia podría reformar la humanidad, y los pobres y los oprimidos la tuvieron por ley natural, adoptándola como norma de conducta.

Y surgió la gran acción revolucionaria: y el esclavo cruzaba los brazos y se negaba a producir. Nunca, jamás, se había presenciado un hecho tan activo y tan sencillo: la bestia de carga rebelaba y pretendía dejar de serlo!

Juan MAS Y PI.

Mas el pueblo irlandés demostró pronto su disconformidad con el arreglo hecho entre algunos magnates "compatriotas" e Inglaterra. Iniciaron la lucha los católicos, que por la ley de Unión habían quedado incapacitados para ocupar todo cargo público. Gracias a los esfuerzos de O'Connell, considerado como uno de los grandes libertadores de Irlanda, se formó la poderosa Asociación Católica, que dió unidad y fuerza a los irlandeses partidarios de la autonomía. Después de varios años de agitación, dicha sociedad consiguió, el 30 de marzo de 1829, que las Cámaras Inglesas derogaran aquella disposición, que colocaba en gran inferioridad a los adeptos del catolicismo. Desde entonces, hubo ya diputados defensores de esta doctrina en el Parlamento de Londres, dentro del cual trabajaron tenazmente, a las órdenes de O'Connell, para conseguir la abolición de los diezmos a favor del clero anglicano, la libertad del comercio, la extensión del sufragio, la fijación de los arriendos (pues los grandes propietarios de Irlanda, protestantes y amigos de Inglaterra, dividían las tierras entre sus colonos o subarrendatarios en pequeñas porciones, exigiendo por ellas arrendamientos elevados, lo que originaba la mayor miseria), así como otra partida de mejoras beneficiosas para los irlandeses en general. No obstante, los afanes hechos en tal sentido, casi todos fueron perdidos, porque si no en la Cámara de los Comunes, en la de los Lores se rechazaban casi todas las reivindicaciones de los hijos de la isla irredenta.

Ante este resultado, y también por entender que lo que necesitaba Irlanda no eran reformas, sino la Independencia, algunos elementos de la Asociación Católica rompieron con O'Connell, fundaron entonces la llamada "Joven Irlanda", entidad francamente separatista y partidaria de la acción violenta. Pronto la nueva sociedad se atrajo las simpatías de muchos irlandeses, con lo que descendió la popularidad y el prestigio de aquel caudillo. De todos modos, hasta su muerte, que acaeció en 1847, O'Connell no dejó de luchar en la forma que creyó mejor, por la causa de la Verde Erin. Es justo reconocerlo.

Con el fallecimiento de O'Connell, la "Joven Irlanda" cobró más fuerza. Su embargo, no pudo realizar ningún serio movimiento revolucionario, y se eclipsó. Años después aparecieron los "fontanos", también francamente separatistas, enemigos de los grandes propietarios y que además querían instaurar en Irlanda, de lograr la Independencia, una República. Estos elementos se hicieron te-

nto a la represión, y más tarde, en 1800, quitándoles la pequeña autonomía que disfrutaban, o sea el parlamento independiente que tenían desde hacía sólo ocho años.

Es de advertir que esta última medida la llevó a cabo Inglaterra en colaboración con casi todos los miembros del mismo parlamento irlandés. Estos, por 118 votos contra 76, acordaron la disolución de dicha Asamblea legislativa a cambio de que se concediera a Irlanda estar representada en la Cámara de los Pares inglesa por 32 lores, y en la de los Comunes por 100 diputados elegidos por el pueblo. Pero, en el fondo del asunto, había algo más que todo esto. Había, por parte de los que votaron la incorporación total de Irlanda a Inglaterra, el deseo de que ésta les asegurase el disfrute de sus propiedades, atacadas por los campesinos irlandeses, y además, la ambición de ganar fuertes sumas de dinero, que en premio a tamaña traición les había ofrecido el Gobierno inglés. Hoy se sabe que éste pagó 52 mil libras a la marquesa de Downshire, 45 mil a Lord Shaumon, 45 mil al marqués de Ely, 23 mil a Lord Clammonis y 15 mil a Lord Valdevidere. Y así a otros personajes de la misma fudole.

La ley llamada de Unión, que fué la que sancionó que Irlanda quedase como una mera provincia de Inglaterra, administrada desde el Parlamento de Londres, puede decirse, pues, que era el resultado de una de las mayores infamias que registra la historia. Gladstone, que tanto había de hacer después por tan sencillo: la bestia de carga rebelaba y pretendía dejar de serlo!

Juan MAS Y PI.

mer de 1861 á 1866 por los incendios y actos de venganza que realizaron. Era el terror de los enemigos de los campesinos, de cuantos vejaban a los humildes irlandeses. Así que éstos simpatizaban enormemente con el feianismo.

Ese movimiento terrorista contra Inglaterra y los pocos que eran afectos a ésta en Irlanda, los grandes dueños de la tierra, hubo de cesar pronto por las medidas que contra los rebeldes adoptó el gobierno inglés. Para salvarse de la persecución, muchos "feianos" emigraron entonces a los Estados Unidos, a donde marcharon también, obligados por la miseria que se hacía sentir en Irlanda, legiones de campesinos. Unos y otros fundaron allí numerosas colonias, y habiendo, con los años, mejorado notablemente de fortuna, contribuyeron siempre con sus recursos a ayudar a todos los que en la isla materna luchaban por sacudirse el yugo inglés. Fué éste un factor importantísimo para el éxito de las luchas que luego habían de librarse en Irlanda.

Pero la acción violenta de los "feianos" no fué estéril: ella hizo comprender a los políticos ingleses más avisados y tolerantes, que era necesario dar una solución al problema de Irlanda. Y éste, desde entonces, quedó puesto sobre el tapete en el Parlamento.

En 1870, Isaac Butt pronunció allí por primera vez la palabra *Home rule* (gobierno propio), que es lo que entiendo de se debe conceder a Irlanda. No tuvo éxito su idea; pero ésta fué recogida por Parnell, gran orador y fundador de la "Liga agraria irlandesa", que hizo del *Home rule* un problema aenazador y formidable para Inglaterra. La actuación de Parnell dió como resultado que el grupo parlamentario irlandés, del que él era jefe, ejerciese en Westminster un obstruccionismo terrible, que dificultaba la labor al gobierno inglés; al mismo tiempo, aquella asociación promovía en Irlanda serios conflictos de orden público. A consecuencia de estas agitaciones, Parnell fué encarcelado y otra vez se renovaron las persecuciones en la isla oprimida.

El gobierno inglés, presidido por Gladstone, se dió cuenta en seguida de que así no adelantaba nada, y cambió de táctica. Fueron libertados los presos, y el principio del *Home rule* para Irlanda se escribió en el programa gubernamental. Gladstone mismo, en 1886, redactó un programa de ley a tales fines, pero en términos muy limitados y contenido en realidad la sola apariencia de autonomía. Por esta causa, no satisfizo a los irlandeses, que arremetieron contra el proyecto en cuestión.

Como, por otra parte, tampoco éste era del agrado de muchos de los políticos ingleses, que veían en la concesión del *Home rule* a Irlanda un peligro para la seguridad de Inglaterra, Gladstone, siendo objeto de la oposición de unos y otros, hubo de verse obligado a abandonar el Poder, entregándose a los conservadores, que, para aplacar los odios que hacia ellos sentían los irlandeses, cada vez con más ambiente en el Parlamento, comenzaron por conceder algunas mejoras de carácter económico a Irlanda.

Gladstone se encargó otra vez del gobierno en 1893, muerto ya el gran orador Parnell. Entonces presentó un nuevo proyecto de *Home rule*, superior al de 1886. El "bill" fué aprobado por la Cámara de los Comunes, gracias a los votos de los diputados irlandeses, pero rechazado por la de los Lores (Senado), formada por gentes que ocupaban sus cargos por derecho hereditario, anomalía curiosa que se daba hasta hace poco en el régimen parlamentario inglés, tan ponderado por los políticos del mundo. En seguida de esto, Gladstone dejó el Poder, para no volver a cogerle más.

Sin embargo, la batalla no había sido perdida: se consiguió que los representantes del pueblo de Inglaterra, Escocia y Gales se pusieran del lado de los irlandeses. La causa de éstos se hizo más simpática en todo el imperio británico, y desde aquella fecha Irlanda adelantó mucho terreno para alcanzar la deseada autonomía.

En el Parlamento de Londres, la minoría nacionalista irlandesa, acudida por Redmond, desde la muerte de

Parnell, seguía consiguiendo mejoras para Irlanda. Pero, a pesar de su actuación, no podía lograr que el gobierno conservador hiciese suyo el proyecto de *Home rule* de Gladstone. Como esto era lo que más interesaba a Irlanda, Redmond y los suyos se aliaron con los liberales, a condición de que éstos, si subían otra vez al Poder, trabajasen por la aprobación de aquel proyecto. Este concurso y el que le prestaran los laboristas, dió por resultado que Campbell Bannerman formase Gabinete en 1905. Mas tales fueron las dificultades por que pasó el partido liberal al principio de encargarse de la gobernación del país, que el *Home rule* no pudo ser presentado al parlamento con la celeridad que deseaban los diputados de Irlanda. Estos, no obstante, no crearon dificultades al gobierno, haciéndose cargo de las circunstancias que atravesaba, principalmente por la oposición de los elementos reaccionarios.

A Campbell Bannerman sucedió Asquith, liberal también. Este, agradecido por el apoyo que los irlandeses veían prestando desde hacía años a su partido, presentó a la Cámara de los Comunes, en 1912, un nuevo proyecto de ley concediendo el *Home rule* a Irlanda; antes, para evitarse la oposición sistemática de la Alta Cámara a ese y otros proyectos radicales, había logrado modificar la Constitución inglesa en el sentido de que el derecho de veto de los Pares fuese puramente "suspensivo", pudiendo en su virtud aprobar la Cámara popular, en tercera lectura, un proyecto que hubiera sido rechazado dos veces por el Senado. De este modo contaba Asquith que no le sucedería lo que a Gladstone, como así fué.

El proyecto fué discutido con pasión por los representantes del Ulster, la provincia irlandesa donde impera actualmente el protestantismo. Estos últimos proclamaron hasta su decisión de rebelarse con las armas contra el gobierno inglés si éste concedía el *Home rule* a Irlanda, porque no quieren estar sometidos a un Parlamento donde la mayoría sería católica y perseguidora, por tanto, de los irlandeses que no aceptan esta religión. Pero, en el fondo, más que miedo a esto, lo que movía a pensar así a dichos diputados era el temor a no conseguir de la nueva Asamblea legislativa de Dublín tantos beneficios como desde hacía tiempo recibían de la de Londres.

A pesar de todo, el proyecto de Asquith salió aprobado en la Cámara de los Comunes por una mayoría de 110 votos. Rechazado por la Cámara de los Lores, reaprobado otra vez por la primera, y vuelto a ser rechazado por esta última, faltábale ya para tener carácter ejecutivo, pasar sólo por el trámite final que marca la nueva Constitución de Inglaterra: aprobarlo la Cámara popular por tercera vez. Y así ocurrió, siendo aceptado por fin como ley, pocos días antes de estallar la guerra europea, el *Home rule* para la isla que conquistaron los ingleses hacia ya unos ocho siglos.

Irlanda, pues, iba a recibir la reforma tan deseada, por virtud de la cual un Parlamento irlandés, reunido en Dublín intervendrá en toda cuestión de orden administrativo que surja en la isla; pero, como país que se reconoce parte del Imperio británico, no tendrá facultad para disponer del ejército y de la marina, acuñar moneda, hacer tratados de Comercio o secretos con otras naciones. Estos asuntos quedarán, como antes, de la pertenencia del Parlamento de Londres, en el que habrá una representación proporcional a la extensión e importancia de Irlanda.

Pero producida la conflagración europea, esta ley hubo de quedar en suspenso para ser puesta en vigor cuando las circunstancias cambiasen. Fué este un acuerdo que suscribieron entre el Gobierno y el jefe de la minoría nacionalista irlandesa, Redmond. De suerte que cuando la guerra terminase, Irlanda comenzará a disfrutar de la autonomía, y un Parlamento propio, con su correspondiente gobierno, funcionará en Dublín.

¿Satisface esta mejora a todos los irlandeses? Evidentemente que no. En Irlanda siguen siendo un regular número los que no quieren una autonomía que continúe teniendo a la isla en mayor o menor dependencia de Inglaterra. Son

los "sinn feiners", continuadores de los antiguos "feianos", cuya aspiración grata es instaurar la República en la Verde Erin, con toda la personalidad propia de los demás pueblos independientes. Para conseguir esto, creen, como sus románticos y bravos antecesores, que no hay otro procedimientos que el terror y la violencia. La acción parlamentaria, legalista, les repugna.

Por eso no estaban de acuerdo con la táctica seguida por Redmond y los diputados que éste acaudilla. Además, siendo éstos representantes, principalmente, de los burgueses y comerciantes irlandeses, no podían tampoco unirse con ellos los modernos "feianos", que tenían más simpatía por el pueblo y la masa campesina. Por varios conceptos, pues, las diferencias entre unos y otros eran irreductibles.

La situación por que atraviesa ahora Inglaterra, debieron juzgarla excelente los "sinn feiners" para intentar un movimiento insurreccional en pro de la verdadera independencia de Irlanda y del establecimiento aquí de una República. Con tal objeto, parece que buscaron el apoyo de los sindicalistas, que encontraron aceptable la idea de la revolución, para protestar de la miseria que sufre el proletariado irlandés desde hace años, la que fué ya causa eficiente de las terribles luchas que se sucedieron en Dublín en 1913. Solicitaron también la ayuda de Alemania?

Todo da a entender que sí; por lo menos no admite ya duda que pidieron ese auxilio algunos de los que prepararon la rebelión, Casement, por ejemplo. Que objeto les guió, no lo sabemos; todavía no es hora para que se haga claridad en este asunto. Pero los que tal hicieron, si obraron de buena fe, ¿no se habrían acordado del resultado contraproducente que obtuvieron los irlandeses del siglo XVIII cuando llamaron en su socorro a los franceses? ¿Cómo olvidaron las lecciones de esta experiencia desastrosa?

Al fin estalló el movimiento. A todos nos enteró la prensa diaria de lo que fué. Los "separatistas" irlandeses, los enemigos de Inglaterra, cuantos se mezclaron en la revolución, lucharon; pero en seguida tuvieron que darse por vencidos. La República irlandesa, proclamada con tanto entusiasmo, nació y murió en el mismo día. Su presidente, Pearse, se rindió sin condiciones, en compañía de Clarke, el viejo feiano, y de MacDonagh, un "sinn feiner", con objeto de evitar, según dijeron, estériles derramamientos de sangre. Por el contrario, Connolly, uno de los agitadores sindicalistas cuando las huelgas de 1913 entonces proclamado "Comandante general del Ejército irlandés", parece que luchó contra las fuerzas adictas al gobierno británico hasta que cayó herido de gravedad. Y otros muchos de sus amigos perdieron la vida en la contienda.

Deploramos el trágico final de estos bravos, y protestamos de que Inglaterra, una vez sofocada la rebelión, haya fusilado a algunos de los directores del movimiento insurreccional, entre ellos a Connolly, que aún en el momento de la ejecución se dice que continuaba herido de gravedad. Esto es monstruoso, es una deshonra para Inglaterra. Y, de otra parte, tales procedimientos darán a ese país un resultado contraproducente. Porque los políticos ingleses no debieran olvidar que si con la violencia no se pudo solucionar en el pasado el problema nacionalista en Irlanda, menos tampoco se solucionará en el presente. La represión engendra siempre odios, deseos de venganza, que más temprano o más tarde han de ser satisfechos. La historia es demasiado elocuente a este respecto...

El sacrificio de todos estos irlandeses, ¿será estéril? Creemos que no. Ellos, con su enérgica actitud, es indudable que habrán advertido a Inglaterra que no tendrá paz en Irlanda en tanto esta isla no sea libre por completo, ya que no a todos sus habitantes satisface, como ahora se ha visto, el *Home rule* que se le concede. Y, además, habrá servido también para que las otras naciones que tienen entre sus garras pueblos irredentos, comprendan que se hallan expuestas a graves conflictos interiores si no dejan que recobren su personalidad los que para conseguiría pugnan, como los hijos de la Verde Erin, desde hace siglos.

Esta cuestión, planteada de nuevo en toda su amplitud con motivo de la guerra europea, queda agudizada con la reciente rebelión irlandesa. Cómo, pues, no estimar que tal movimiento no será infructuoso y que se tendrá muy en cuenta cuando llegue la hora de rehacer políticamente a Europa?

"RENOVACION".

Trozos selectos

Los organismos inferiores adaptan sus actos a tales o cuales objetivos de modo muy imperfecto, y precisamente esta imperfección suscita y constituye el fenómeno llamado lucha por la vida. Los organismos superiores, al contrario, marchan hacia un ideal de adaptación completa, de cohesión que hará desaparecer, entre individuos de la misma especie primero, de diferentes especies luego, todo vestigio de cortejamiento o de antagonismo. De este modo se ve el ideal, según esta confesión del mismo Spencer, poniendo ya límites, cada vez más estrechos, al muy británico "struggle for life".

Según nuestro modo de ver, en la serie evolutiva que solía unos a otras las diversas modalidades del ser, aque uno el movimiento que nos parece ya etéreo a la vida que nos parece una pasajera, y la vida fugaz al espíritu (habit) por nuestros sueños de un poder y de una de ración sin límites, para nosotros no es cuestión, en verdad, ni de lucha por la existencia ni de límites a esta lucha.

En esta cadena inmensa in energía psíquica nos aparece como la resultante, no tan sólo de las acciones químicas y vitales desarrollándose en medio de condiciones muy particulares, en la intimidad de los tejidos orgánicos (cerebro, sistema nervioso, etc.), si que también de estas acciones ya exteriorizadas, ya proyectadas afuera, ya captadas por los ambientes orgánicos similares y complicadas por las múltiples reacciones que de ellos emanar. Según nosotros, se trata, además, de considerar las fases diversas a donde tiende esta nueva y sucesiva complicación de la energía primordial, sea la moralidad inferior y muy estable de los animales, sea la socialidad superior, inestable y progresiva, la moralidad de los hombres. Pero ¿qué es una socialidad inferior, sino un altruismo simple, elemental, constituido por un conjunto de acciones orgánicas y de reacciones superorgánicas donde el ser reviste formas que, comparadas con las manifestaciones más complejas del mismo fenómeno, nos parecen egoístas, crueles, salvajes, y, en definitiva, infantiles y groseras?

Repitámoslo: la conservación de la existencia orgánica no implica de ningún modo la idea de la lucha o de antagonismo. Es, únicamente, después de haber alcanzado las altas cometas de haber alcanzado las altas cumbres de la existencia superorgánica, las formas sublimes del sacrificio en pro de los demás, que la razón y la conciencia individuales, productos de la razón y de la conciencia colectivas, separan el bien del mal, lo justo de lo injusto, el orden del desorden, y entonces tan solo es cuando, por oposición a los conceptos positivos de unión, de concurso, de armonía, surgen los conceptos negativos de división, de lucha y de combate.

E. DE ROBERTY.

Del libro "L'Éthique, psychisme social."

"Hemos comprobado, hasta en la vida de la célula ciega, un principio de expansión que hace que el individuo no pueda bastarse a sí mismo; la vida más rica es también la que se encuentra más llevada a prodigarse, a sacrificarse en una cierta medida, a partir con los otros. De donde se sigue que el organismo más perfecto será también el más sociable, y que el "ideal de la vida individual es la vida en común"

GUYAU.

Subscripción del Suplemento y "La Protesta" Inclusive, \$ 2.- mensuales